

El leninismo y los clubes obreros

**León Trotsky
17 de julio de 1924**

(Versión al castellano de Vicent Blat desde L. Trotsky, *Problems of Everyday Life*, Monad Press, Nueva York, 1986, páginas 288-319; también para las notas. Discurso pronunciado por Trotsky el 17 de julio de 1924 en una conferencia a los trabajadores de los clubes obreros. Publicado en *Pravda*, 23 de julio de 1924. Los clubes obreros eran instituciones educativas y recreativas que aparecieron por primera vez en 1905, pero fueron suprimidos por el régimen zarista. En 1917 revivieron y se formaron en muchas fábricas y centros de trabajo. Su principal función durante la guerra civil fue explicar la política del gobierno a los obreros de base. Financiados por los sindicatos, los clubes obreros eran formalmente independientes, con consejos de administración elegidos en asambleas generales. Solían tener al menos una biblioteca, un comedor y una sala de conferencias. Algunos, que contaban con instalaciones más elaboradas, se llamaban “Palacios de la Cultura”).

<i>El trabajo educativo antes y después de la conquista del poder</i>	1
<i>El lugar del club en el trabajo educativo</i>	3
<i>Asistencia al club</i>	7
<i>Ni el más mínimo indicio de obligatoriedad</i>	8
<i>El club y la taberna</i>	10
<i>Campañas conmemorativas y problemas de la vida cotidiana</i>	12
<i>La propaganda antirreligiosa</i>	15
<i>El trabajo cultural y la “cultura proletaria”</i>	19

Camaradas, pronto tendré la oportunidad de intervenir en el II Congreso Sindical de Trabajadores de la Cultura. Esperemos que el hecho mismo de que se celebren estos congresos sea una señal de un cierto cambio, que presagie un período de trabajo cultural más amplio e intenso en todos los campos.

El trabajo educativo antes y después de la conquista del poder

Para nosotros, las cuestiones del trabajo cultural están inseparablemente relacionadas con la política, con la construcción socialista. Esto es tan básico como el ABC. Cuando hablamos del trabajo cultural, y en particular del trabajo en los clubes obreros (que está destinado a ocupar un lugar especial dentro del sistema general de nuestro trabajo cultural), lo que tenemos en mente en primer lugar es el trabajo de propaganda y la realización práctica de las proposiciones básicas del marxismo, o para traducirlo al lenguaje de nuestra época, del leninismo.

Justo el otro día me encontré con una frase de Marx, que me avergüenza decir que había olvidado, una frase que nos lleva justo al corazón de la cuestión. Siendo aún muy joven, Marx escribió al conocido escritor radical alemán Arnold Ruge: “No salimos al mundo con un nuevo conjunto de principios doctrinarios, diciendo: Aquí está la verdad;

¡ponte de rodillas ante ella! Desarrollamos nuevos fundamentos para el mundo a partir de los propios fundamentos del mundo”¹.

Una formulación magnífica, y que es puro Marx. No traemos la verdad al pueblo desde fuera, como si la verdad fuera algo inflexiblemente fijado y dado para siempre, y no decimos al pueblo: “Aquí está la verdad; arrodíllate ante ella”. No; tomamos el mundo tal como es, y de manera práctica, activa, extraemos de los cimientos de este mundo vivo los medios para construir uno nuevo.

Esta es la esencia del método marxista y leninista. Y los trabajadores de la cultura de la república soviética tienen que reflexionar mucho sobre esta idea y comprenderla completamente, porque en nuestro país el marxismo, por medio del leninismo, ha llegado al poder por primera vez. Y este hecho, que abre enormes posibilidades para el trabajo cultural y educativo, conlleva también algunos graves peligros, algo que nunca debe perderse de vista. Como ya he dicho en otro lugar, nuestro país es el leninismo organizado en forma de estado. Organizado en forma de estado, es decir, con poder estatal. El estado es un órgano de coerción, y para los marxistas en posiciones de poder puede existir la tentación de simplificar el trabajo cultural y educativo entre las masas utilizando el enfoque de “¡Aquí está la verdad, arrodíllate ante ella!”

El estado, por supuesto, es algo duro, y el estado obrero tiene el derecho, y el deber, de utilizar la coerción contra los enemigos de la clase obrera; tiene el derecho y el deber de llevar a cabo una aplicación despiadada de la fuerza. Pero en la cuestión de la educación de la propia clase obrera, el método de “¡Aquí está la verdad, arrodíllate ante ella!”, como método de trabajo cultural, contradice la esencia misma del marxismo. Las técnicas y métodos de propaganda y educación son variadas: en un momento el partido trabaja en la clandestinidad; en otro, ostenta el poder del estado. Pero el leninismo como método de pensamiento y método de educación de los trabajadores sigue siendo el mismo, tanto en el período en el que el partido lucha por el poder, como después de haber alcanzado ese objetivo.

Tenemos que reflexionar mucho sobre esta idea. Su significado completo se nos presenta con especial claridad si comparamos el modelo de desarrollo de un joven obrero bajo el antiguo régimen burgués en Rusia, o en cualquier país capitalista, con el tipo de desarrollo que tenemos ahora aquí, dadas las circunstancias y condiciones de la república soviética. Antes, el obrero se desarrollaba desde la fábrica hacia fuera; en el taller donde trabajaba encontraba, como parte de su experiencia vital, las condiciones que le ayudarían a orientarse no sólo en la fábrica sino en la sociedad en su conjunto. Frente a él estaba el capitalista que lo explotaba: el antagonismo de clase como principio básico para orientarse en la sociedad le miraba constantemente a la cara. Y hubo momentos en los que se convocaron huelgas, en los que el obrero tuvo tratos con la policía. En la cuestión de la vivienda, tenía que tratar con el propietario y, finalmente, como consumidor trataba con el comerciante explotador. Así, en el limitado ámbito de su vida cotidiana, y partiendo en primer lugar de su lugar de trabajo, se encontraba con el enemigo de clase en todas sus hipóstasis, en todas sus manifestaciones, y eso era suficiente para una orientación elemental bajo aquellas condiciones sociales. ¿Es lo mismo para nosotros hoy en día? No.

Tomemos, por ejemplo, un obrero joven, es decir, uno que no ha pasado por la escuela de la fábrica capitalista de antaño, uno cuya vida y trabajo activos comenzaron después de octubre. En un sentido social sus condiciones de trabajo son inconmensurablemente mejores; pero en aspectos materiales no siempre es así, ni mucho menos. Además, en la fábrica no se enfrenta a un enemigo que parezca ser la causa de su todavía difícil situación material. Para que este joven obrero comprenda su lugar en la

¹ Se refiere a la carta de [Carlos Marx a Arnold Ruge de septiembre de 1848](#), que puede verse completa en la versión editada en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional](#), páginas 2 y 3 del formato pdf.

fábrica, debe comprender su lugar en la sociedad. Debe reflexionar sobre el hecho de que, como parte de la clase obrera, es uno de los gobernantes de este país, que la fábrica pertenece a su clase y que él es una parte de su propiedad colectiva.

Si vive en una casa que pertenece, digamos, al Sóviet de Moscú, o a algún otro sóviet, tampoco aquí tiene ante sí a un propietario que lo explota. Simplemente se tiene a sí mismo. Para aprender la actitud correcta hacia su propio apartamento, hacia las escaleras de su edificio, hacia las reglas del edificio, etc., debe pensar en sí mismo como parte de la propiedad colectiva.

Así, todo ha dado la vuelta sobre su propio eje. El obrero en la Rusia burguesa, como en cualquier país capitalista, para empezar, tenía su experiencia básica en la fábrica, y cuando escuchara por primera vez las verdades del marxismo, éstas vendrían a apoyarse directamente en su limitada pero bastante firme experiencia de clase, de indignación, odio y lucha contra los explotadores. Pero ahora no tenemos esto. El explotador se presenta ahora sólo a gran escala, en la forma del gigante capitalista mundial, que utiliza las guerras, los bloqueos y las exigencias de la extorsión basada en la vieja deuda externa para impedir nuestro desarrollo. En las plantas y fábricas la situación es bastante nueva ahora, y para ponerse en sintonía correctamente, uno debe entender su lugar en las relaciones sociales en general. Para orientarse correctamente en la cuestión de los salarios (si hay que aumentarlos o no bajo las condiciones actuales) o en la cuestión de la productividad del trabajo, para orientarse en todas estas cuestiones, el obrero debe llegar a conocerse a sí mismo en su posición social, es decir, pensar en todas las consecuencias del hecho de que es la clase dominante.

En resumen, el punto de partida para el desarrollo de un obrero en un país burgués es la fábrica, el taller, el lugar de trabajo, y a partir de ahí, a través de varios pasos intermedios, llega a una orientación hacia la sociedad; mientras que, para nosotros, el obrero tiene que llegar a comprender su posición en la sociedad para no extraviarse en el nivel de la fábrica. Esta es una diferencia tremenda que implica una diferencia en el enfoque cultural y educativo, diferencia que se deriva de la disimilitud en las condiciones de desarrollo individual y de clase. Las generalizaciones que eran suficientes para los obreros en la sociedad capitalista, podían, al menos al principio, ser bastante limitadas. Para encontrar su lugar hoy en día, el trabajador necesita ideas generalizadas mucho más amplias y complejas. En compensación, sin embargo, su experiencia es hoy también mucho más compleja y variada. Pero esta experiencia es fragmentaria; requiere ser reunida, reflexionada, discutida, articulada y formulada. La experiencia vital del obrero, su experiencia en la fábrica, su experiencia en casa, su experiencia como miembro de una cooperativa, o como soldado del Ejército Rojo, todo ello debe reunirse en un todo único.

Cuando esta experiencia abigarrada se reúne de forma crítica en la cabeza del trabajador, éste comienza de inmediato a encontrar la orientación correcta en la sociedad y, en consecuencia, en la fábrica, en la casa comunal, en la cooperativa, y así sucesivamente. Y aquí el club obrero sirve como uno de los puntos de unión más importantes, donde todos estos hilos de la experiencia abigarrada y fragmentaria se entrecruzan, se unen en un todo único.

El lugar del club en el trabajo educativo

En nuestro país, el partido comunista se encarga de la educación. El partido dispone de un complejo conjunto de palancas y controles para ello. Trabaja a través del gobierno, que dirige, y a través de los sindicatos, cuya dirección también está en manos del partido, y a través de los clubes obreros, cuya importancia está destinada a aumentar cada vez más. El club obrero es un órgano digestivo de excepcional importancia para la asimilación colectiva de las experiencias fragmentarias por parte de la clase obrera,

precisamente porque el club obrero sólo forma parte del sistema educativo y no del sistema de administración.

El partido es un órgano colectivo orientado a la acción (y en nuestro país es también un grupo colectivo dirigente) y traza una línea entre él y los elementos no formados o no educados. No en el sentido de que se impida el acceso a esos elementos, sino en el sentido que no permite que los elementos sin formación influyan en las decisiones del partido con sus votos.

El partido establece normas estrictas para la admisión en sus filas, comprueba cuidadosamente a los solicitantes, etc. Todo esto es innegablemente necesario. El partido está a cargo del gobierno. No puede esperar a que los elementos atrasados se desarrollen hasta el punto de entender los acontecimientos actuales, porque los acontecimientos de hoy serán mañana los de ayer. El partido no puede esperar. Tiene que responder activamente a los acontecimientos del día. Presenta consignas y formulaciones que, para los miembros del partido y para los obreros que siguen de cerca la dirección del partido, están llenas de todas las experiencias vitales del pasado. Pero para las masas más atrasadas estas formulaciones parecen descender de lo alto, cogiéndolas a menudo completamente por sorpresa. Para comprenderlas como propias, las masas tienen que acercarse a ellas paso a paso, a través de su propia experiencia. Y aquí hay un puente entre la experiencia fragmentada, parcial, inadecuada y aún no pensada del obrero (y no del obrero en general, sino del obrero o grupo de obreros en particular), digo un puente entre esta experiencia y las formulaciones políticas, instrucciones y directivas del partido; ¡uno de los puentes más importantes entre ambos es o debería ser el club obrero! Este es su significado básico. Todo lo demás se deriva de esto.

A Pedro el Grande se le atribuye la autoría de una frase que creo (aunque no lo he comprobado) que tomó prestada de escritores militares anteriores. Dijo: “El manual de armas tiene los procedimientos escritos, pero no los detalles de tiempo u ocasión”. Es decir, cuando un soldado inexperto toma el manual en sus manos, las reglas generales sobre qué hacer en diversas situaciones de combate le sonarán como órdenes abstractas que cuelgan en el aire sobre su cabeza, como una verdad revelada ante la que debe arrodillarse. Para entender algo, hay que ponerlo en práctica y probarlo con la propia experiencia. En el manual no hay “detalles de tiempo u ocasión”, como dijo Pedro el Grande, es decir, no hay términos concretos ni especificaciones o condiciones para aplicar las reglas generales. La tarea básica en la formación e instrucción militar es desarrollar la capacidad de la persona para combinar las órdenes reglamentarias con los tiempos y ocasiones concretas. El camino social y educativo del club obrero va en la dirección opuesta, desde los “detalles de tiempo y ocasión”, es decir, desde las circunstancias concretas y específicas que experimenta el obrero individual, el grupo de obreros, toda la planta o todo el distrito, hasta el reglamento del libro, es decir, las lecciones y normas generales de conducta y funcionamiento que incumben a la clase en su conjunto.

El club obrero no tiene, por supuesto, su propia política, ni extrae sus propias generalizaciones. Las obtiene del partido, cuyas funciones creativas alimenta con su propia experiencia. El club ayuda a los obreros que atrae a su órbita a reflexionar sobre sus experiencias y a asimilarlas de forma crítica. En el tercer congreso de la juventud, Lenin dijo: “... el comunismo se convertiría en una palabra vacía, sólo en un rótulo, y un comunista sólo en un fanfarrón, si no comprendiese y asimilase todos los conocimientos adquiridos.”² Pero cómo ¿digerirlo todo? Sobre la base de la experiencia personal y la del grupo que le rodea, del que forma parte, y la del club en su conjunto. El club obrero es un puente desde la vida cotidiana del obrero u obrera hasta la vida ciudadana, es decir, hasta la participación consciente en la labor constructiva del estado, del partido o de la profesión

² V. I. Lenin, *Obras Completas, Tomo XXXIII*, Akal Editor-Ediciones de Cultura Popular, Madrid, 1978, página 428.

a la que se pertenece. Pero el club no deja de lado a la persona obrera que ya se ha incorporado a la labor del colectivo a través de un sindicato, una organización soviética o el partido. Ayuda a esas personas, ya despiertas, a elevar aún más sus requisitos cívicos y revolucionarios. Si el club obrero puede llamarse escuela, es una escuela de conciencia cívica, una escuela para elevar los requisitos de uno como ciudadano.

Pero no sólo las cualidades cívicas. El avance cultural es impensable sin una elevación del nivel de formación de nuestros obreros en materia de habilidades técnicas, sin la inculcación del impulso de adquirir calificaciones como altamente capacitado, sin el desarrollo del orgullo profesional. Precisamente porque el comunismo no es un principio abstracto (“¡Arrodíllate, eso es todo!”), sino un método para construir un nuevo mundo procediendo de manera práctica sobre la base del mundo existente, precisamente por eso no se puede hablar seriamente de socialismo si, al mismo tiempo y por todos los medios, no se hace un esfuerzo para lograr la condición previa fundamental para el socialismo, es decir, aumentar la productividad del trabajo en nuestro país.

No hay que cerrar los ojos a lo que existe; los comentarios de los obreros comunistas extranjeros sobre la producción en nuestro país no son siempre reconfortantes, ni mucho menos: seguimos trabajando de forma poco hábil, floja, lenta, etc. Conservando la jornada de ocho horas como base sólida para el desarrollo cultural del proletariado, debemos alcanzar un nivel mucho más alto de productividad laboral. Inculcar el deseo de convertirse en un obrero productivo altamente cualificado es una de las tareas del club obrero, tarea en la que trabaja en estrecha relación con el sindicato. Por lo tanto, el curso que hemos tomado hacia el desarrollo de buenos ciudadanos revolucionarios altamente cualificados está inextricablemente ligado a nuestro curso hacia el desarrollo de buenos obreros productivos altamente cualificados.

Ustedes saben que en Europa occidental (y en parte también era cierto para nosotros aquí) un cierto sector de los obreros altamente cualificados (y en algunos países es un sector bastante considerable) tiene la tendencia a considerarse una aristocracia; se apartan del resto de su clase y sirven de base de apoyo a los socialdemócratas, a los mencheviques e incluso a elementos más derechistas, como en Estados Unidos. Si suponemos que algo así es posible en nuestro país, significaría una negligencia desastrosa en la esfera de la educación de la clase obrera, ya que, para nosotros, que un obrero esté altamente cualificado significa que debe estarlo en todos los sentidos, es decir, no sólo productivamente, sino también políticamente; y ese tipo de cualificación debería ser la primera prioridad en la labor de elevar el nivel de cualificación de la clase obrera en su conjunto. Por esta razón, la cuestión de desarrollar una inclinación entre los elementos avanzados de la clase obrera hacia el aumento de su propio valor productivo, hacia la comprensión de la economía en su conjunto, así como el dominio de las habilidades de producción en sus propios puestos de trabajo, es una de las tareas más importantes que enfrenta el club obrero.

Y esta tarea, obviamente, no puede llevarse a cabo por medio de la moralización. En general, este método no lleva a ninguna parte. El problema puede ser resuelto, o más exactamente, puede llegar a ser solucionable, por medio de atraer a los obreros altamente cualificados a las discusiones en los clubes, obreros que al mismo tiempo son comunistas altamente cualificados, y despertando en ellos sentimientos de honor profesional y orgullo productivo, que estarán directamente vinculados con la cuestión del éxito de toda nuestra economía socialista.

He dicho (y esto es elemental para todos nosotros) que el leninismo no es una colección de verdades, que requiere una obediencia ritual, sino un método de pensamiento, que requiere una aplicación continua en la práctica. Pero eso no significa, por supuesto, que el leninismo se aprenda de forma puramente empírica, sin teoría ni libros. Necesitamos libros y el club obrero necesita libros para estudiar el leninismo. Una

resolución del decimotercer congreso de nuestro partido habla de esto: “Se debe asignar un lugar prominente en el trabajo general de los clubes a la propagación del leninismo. Uno de los instrumentos de nuestra propagación debe ser la biblioteca del club, para la cual es necesaria una selección adecuada de libros”.

Permítanme decir sin pelos en la lengua que la selección debe entenderse aquí en el sentido de seleccionar, ya que ha aparecido un número incontable de libros sobre el tema del leninismo, y no todos tienen el mismo valor. No es fácil escribir sobre el leninismo. Muchos de los folletos redactados apresuradamente se desechan como si fueran cáscaras vacías, mientras que los más valiosos aún deben ser reelaborados en el futuro. La selección rigurosa de estos libros para el uso del club obrero es una cuestión muy crucial, que sólo debería resolverse mediante el esfuerzo colectivo de los trabajadores del club y de la biblioteca.

Por cierto, me gustaría hacer una advertencia en este punto contra un error que se encuentra bastante extendido ahora, es decir, una actitud incorrecta hacia lo que se llama la calidad popular de un libro. Naturalmente, hay que escribir con la mayor sencillez posible, pero no en detrimento de lo esencial del tema, ni con una simplificación artificial del mismo, ni pasando por alto aspectos importantes del mismo. La exposición debe corresponderse con el tema. Puesto que deseamos elevar la cualificación teórica y de otro tipo de los obreros avanzados mediante el trabajo del club obrero, debemos llevarlos a la esfera de los intereses ideológicos altamente complejos. Aquí es necesario estudiar. Hay libros que llegan a uno tan fácilmente como el agua para beber, pero también fluyen como el agua, sin alojarse en la conciencia. Estudiar el leninismo es un gran trabajo y, por lo tanto, no se puede abordar de manera superficial o ligera; en el campo del leninismo, más bien hay que abrirse camino empuñando pico y pala. Por supuesto, no todos los libros son útiles para todos. Debe haber una correlación entre la experiencia personal del lector, su nivel general de desarrollo y sus capacidades, por un lado, y el nivel de cobertura del leninismo que ofrece el libro, por otro lado. Pero no se puede adoptar la actitud de que el leninismo puede ser presentado en una forma que puede ser comprendida sin ninguna dificultad por cualquiera. Lo que puede ser captado sin ninguna dificultad es generalmente inútil, independientemente del tema. Naturalmente, un estilo popular es una de las exigencias más importantes que debemos plantear a todos los que escriben para la clase obrera, pero sería ingenuo suponer que la forma de presentación puede superar todas las dificultades inherentes al fondo de una cuestión.

¿Qué constituye un tipo de divulgación saludable? Una en la que la exposición se corresponde con el tema. *El Capital* no puede ser escrito en un estilo más popular que el que utilizó Marx, si se quiere tratar el tema en toda su profundidad. La obra filosófica de Lenin sobre el empiriocriticismo tampoco puede desarrollarse en un estilo más popular que el de Lenin. ¿Cuál es la solución? Llegar a estos libros a través de una serie de pasos intermedios; ésta es la única manera de llegar a comprenderlos; no hay ni puede haber otra manera. Engels luchó en sus últimos años contra un prejuicio que tiene cierta relación con esto, el prejuicio bastante extendido sobre los extranjerismos.

Naturalmente, amontonar una palabra extranjera encima de otra, especialmente las que se usan raramente, es un manierismo completamente innecesario. Peor aún son las palabras incomprensibles de fabricación propia, como ciertas palabras soviéticas de tres y cuatro elementos que abarrotan inútilmente el texto de nuestros periódicos y que no se encuentran en ningún diccionario extranjero. Las abreviaturas son aceptables cuando se conocen y se entienden. También hay abreviaturas y palabras compuestas que son apropiadas para una cancillería o una oficina gubernamental, pero que, en los periódicos o libros de uso general, simplemente estorban. Y a la inversa, hay palabras extranjeras, términos científicos, que son necesarios para los obreros. Debe haber un diccionario en el club, y el director del club debe ser un trabajador cualificado; él mismo

debe estar avanzando, estar estudiando, y estar haciendo avanzar a los demás con él. Pero no se puede crear una literatura sólo para obreros que esté separada por una muralla china del resto de la literatura, la que utiliza una determinada terminología que incluye palabras extranjeras. Hay que ampliar el vocabulario del trabajador, porque el vocabulario es el kit de herramientas del pensamiento. La ampliación del vocabulario activo del obrero es también una de las tareas del club.

Asistencia al club

Llegamos ahora a la cuestión de la frecuencia en la asistencia al club obrero. La tarea principal del club obrero, como ya he dicho, es servir de puente desde la experiencia personal fragmentaria de la vida (ya sea en la producción, en la familia o en cualquier otro lugar) hasta las ideas generalizadas del leninismo, es decir, hasta las consignas y directivas del partido comunista. Esto es posible sólo si esta experiencia fragmentaria de la vida se reúne en un todo único en el club, y esto a su vez puede lograrse sólo si, en general, hay una reunión en el club, es decir, si la gente viene a él. [*Risas*]

Esta es una condición previa absolutamente indispensable, y como ustedes saben, no siempre se realiza en la vida. Recibí algunos documentos y materiales muy valiosos de los camaradas que trabajan en el ámbito de los clubes obreros (en Glavpolitprosvet), en particular algunas estadísticas sobre el trabajo de los clubes. Estas son muy incompletas, como todas nuestras estadísticas soviéticas en estos momentos, pero incluso así ofrecen algunas indicaciones interesantes. En la Unión Soviética tenemos unos 2.500 clubes obreros. De ellos, 561 clubes han enviado informes sobre los índices de asistencia. No creo que nos equivoquemos si expresamos la sospecha de que no son los clubes que van peor los que envían los informes, sino los que no tienen, digamos, demasiada vergüenza para mencionar la asistencia.

El resumen estadístico indica que si se divide el número total de visitas entre 561 (el número de clubes que han enviado el informe) la media obtenida es de trece visitas por día. Sí, en total, ¡se obtienen trece personas por día! Si ahora suponemos que el resto de los clubes obreros no lo han hecho peor (y eso sería una suposición demasiado generosa, ya que, repito, los clubes que enviaron informes eran probablemente los que tenían los mejores registros de asistencia) y si proyectamos nuestra cifra media a todos los 2.500 clubes aproximadamente, obtenemos un total de unas 33.300 personas al día, o un millón de visitas al mes, o 12 millones al año. No vamos a multiplicar más en unidades de tiempo mayores.

Este número de visitas (12 millones) es a primera vista bastante gratificante, pero lo que nos interesa realmente es el número de personas que realmente entran en el ámbito de los clubes obreros. Por supuesto, si suponemos que tenemos 12 millones de personas, eso significaría que cada una de ellas visita el club sólo una vez al año. Y quien visita un club una vez cada doce meses, en realidad no lo visita en absoluto. Supongamos que por término medio hay una visita por persona cada mes (¡no es muy frecuente!) entonces nos encontramos con que en todos los clubes juntos participan un millón de personas, en total.

En la vida real, las cosas son bastante diferentes. Probablemente hay entre trescientos y cuatrocientos mil que van a los clubes obreros con frecuencia, dos o tres veces a la semana; luego hay doscientos o trescientos mil que van de media una vez a la semana; y luego un cierto número que se pasa por el club una vez al mes; e incluso después de eso, habría un número bastante grande que se pasa por el club de vez en cuando, por casualidad, con alguien conocido, etc. Pero, por término medio, seguiría habiendo un millón de personas, calculando una visita por persona al mes.

Por supuesto, se trata de una cifra muy baja, terriblemente baja. Hay que tener siempre presente esta cifra, no como un reproche a los que trabajan en los clubes obreros,

ni mucho menos, sino como una indicación del alcance todavía extremadamente limitado de nuestra labor cultural. Es el mismo tipo de estadística que las que describen el nivel de alfabetización en nuestro país, o el número de niños que no pueden ser educados por la falta de escuelas, y otras cifras lamentables.

Estas cifras nos indican que aún queda mucho, mucho más por hacer de lo que se ha hecho hasta ahora. La cuestión de ampliar el alcance del club obrero, de aumentar su atractivo para las masas, está ligada de la manera más íntima a la totalidad de nuestra labor cultural.

Pero creo que hay una condición que debe ser considerada especialmente como un factor de excepcional importancia. Sin un planteamiento correcto de esta cuestión no encontraremos el camino, ni siquiera hacia los demás aspectos del problema de la expansión de la influencia de los clubes obreros. Se trata del carácter voluntario club.

Ni el más mínimo indicio de obligatoriedad

El decimotercer congreso del partido dijo sobre este punto: “El club obrero debe organizarse sobre la base de la afiliación voluntaria, lo que garantiza la máxima participación activa e interesada de sus miembros.” Por supuesto, no hay coacción en este ámbito, al menos ninguna coacción obvia o abierta; pero pueden surgir formas de coacción involuntarias, indirectas, ocultas. Y bajo las circunstancias a las que nos enfrentamos, este problema es la clave de todos los demás.

Camaradas, la clase obrera tiene ante sí el estado, el partido, los sindicatos, las cooperativas, así como los clubes y demás. Por su propia naturaleza, el estado es un órgano de coacción, y en la época de la revolución (especialmente en los momentos difíciles de esta época) es un órgano de coacción muy estricto. Todavía no hemos olvidado que pasamos por el comunismo de guerra. Y si se trata de salvar a la república de los enemigos exteriores en condiciones onerosas, no prometemos no volver a recurrir al comunismo de guerra.

El estado es un aparato de coacción. No puede ser de otra manera. A diferencia del estado, el partido es una organización voluntaria de correligionarios. Pero nuestro partido tiene la dirección del estado; su destino está estrechamente ligado al destino de este estado. Por lo tanto, en el papel y la actividad de nuestro partido también intervienen inevitablemente ciertos elementos de coerción.

Las organizaciones sindicales abarcan una masa más amplia que el partido. No imponen condiciones previas para la afiliación más allá de la general de lealtad de clase. Pero los sindicatos también participan directamente, y desde una posición de liderazgo, en la regulación de las condiciones materiales de los obreros. A través de los comités de fábrica, los sindicatos desempeñan en la práctica un papel muy importante en la vida de la fábrica. Un elemento, sin duda no de mando absoluto, pero sí un cierto elemento de poder, es válido también para los sindicatos. Por supuesto, el hecho de que este elemento de poder se perciba con ligereza o con dureza depende de la habilidad, tacto y corrección de la línea del comité de la fábrica y del sindicato en su conjunto; pero aun así el elemento existe y es inevitable.

La situación del club obrero es muy diferente. Aquí es donde los elementos de poder, de dar órdenes y de transmisión de instrucciones, no pueden ni deben estar presentes bajo ninguna condición. Aquí volvemos a lo que empecé: el leninismo no es un principio impuesto desde fuera, como si dijera “Aquí está la verdad; arrodíllate ante ella”. No, eso no es leninismo. Todos los obreros (y en este caso todos los miembros del club) deben tener la oportunidad de proceder a partir de su propia experiencia y abrirse camino hacia el leninismo.

El club obrero no es una organización para transmitir instrucciones, y mucho menos es una organización para afirmar la autoridad, en absoluto. Cualquier indicio de ello dentro del club o a través de él, lo destruiría. La escuela es obligatoria, pero el club es libre. Dentro del club obrero debe reinar el principio de voluntariedad total e incondicional. Si el obrero observa una actitud de mando en el director del club o en su junta administrativa, aunque sea en el más mínimo grado, ese es un error crucial y peligroso que debe corregirse.

¡Ni una pizca de coacción! ¡Ni una pizca de coerción! ¡Nada de dar órdenes! Ni siquiera una pizca de orden.

Hay que decir sin tapujos que, si los obreros que han llegado al club desde la fábrica perciben la más mínima presión administrativa, se irán a las primeras de cambio a la taberna, ¡y tendrán razón! Cualquier obrero mínimamente consciente sabe lo necesaria que es la disciplina de hierro en un país revolucionario rodeado de enemigos por todas partes. Está dispuesto a hacer sacrificios a lo largo de los frentes militares y a lo largo de las líneas de producción cuando los esfuerzos colectivos son necesarios para defender el país. Pero cuando acude al club obrero (para intercambiar experiencias) debe poder sentir que está entre iguales, que las cosas se le explican de forma amistosa y que se tendrá en cuenta su falta de conocimientos de forma atenta, pero sencilla y sin pretensiones, que nadie le dará órdenes, que nadie se burlará de él, que no habrá ni un atisbo de presión externa, que podrá sentirse como en casa y respirar libremente.

Hoy en día, en nuestro país existen, o se están creando, muchas asociaciones organizadas de forma voluntaria: la organización Abajo el Analfabetismo, una sociedad de ayuda a los niños sin hogar, una de ayuda a las víctimas de la revolución mundial, Vozdujoflot [una sociedad de voluntarios para promover la creación de una fuerza aérea], Dobrojim [una sociedad de voluntarios para promover la industria química y la química militar]; también se habla de una sociedad para promover el cine, una sociedad para las nuevas condiciones de la vida cotidiana, etc., etc.

No siempre se cumple el principio de utilizar sólo voluntarios. Muy a menudo se reduce la cosa a una selección más bien formal, o a una asignación virtual de un grupo de obreros a un nuevo puesto de trabajo. Esto es desaconsejable y no debería permitirse. Si realmente queremos que tengan una función educativa estas asociaciones deberían liberarse sin reservas de cualquier cualidad obligatoria, directa o indirecta, no porque dicha obligatoriedad sea onerosa, sino más bien porque podría pasar desapercibida.

Tomemos el ejemplo de Dobrojim. Elijo esta organización intencionadamente porque es una de las más recientes y más especializadas. He discutido este tema con varios directores de clubes en una pequeña conferencia y me he encontrado con un acuerdo total por su parte. Al hablar de Dobrojim no nos apartamos del tema del trabajo de los clubes, como pronto verán ustedes. Uno está relacionado con el otro de la manera más estrecha posible. Estamos creando Dobrojim como una asociación para la promoción de la industria química y la química militar. ¿Cómo debe crearse? Si tomamos el camino de asignar cuotas a las fábricas, de detallar “voluntarios” para este trabajo, no saldrá nada. Naturalmente, es posible elegir a varias personas en una asamblea general, a propuesta del comité de fábrica o de la célula del partido, y llamarlas el núcleo de Dobrojim. Entonces todo parece bien en las estadísticas, pero en la realidad ¿qué harán? Yo no lo sé, ustedes no lo saben, y ni ellos mismos a veces lo saben. [*Risas*]

La cuestión es buscar en la fábrica personas que realmente se interesen por estos temas y llevarlas al trabajo. Cada planta y cada taller tiene seguramente una enorme variedad de tipos de personalidad individual. ¿Qué tipo es el que más captamos? Principalmente el obrero revolucionario o el administrador. Eso nos lo exige la época en que vivimos, el carácter de nuestros tiempos, las tareas que tienen ante sí el partido, los sindicatos y el gobierno.

Pero entre las masas trabajadoras hay muchos elementos que son muy valiosos a su manera, pero que son políticamente menos activos que los demás. Hay obreros que están absorbidos por la producción como tal, que están atrapados en su propia especialidad, que quieren avanzar en su línea de trabajo, para elevar su propio nivel de cualificación, y que leen y estudian sobre sus respectivas áreas de trabajo. Hay obreros que tienen un gran interés por las materias científicas y técnicas, incluida la química. Esos son los que hay que encontrar y atraer al trabajo.

Supongamos que estamos en una fábrica donde hay cinco mil obreros. Encontremos, para empezar, tres obreros que se interesen por la química por sí mismos. Eso es incomparablemente mejor que si una asamblea general, a propuesta del comité de la fábrica, propone que varios obreros populares se conviertan en expertos en química, obreros que ya están inundados de actividades. Este camino no lleva a ninguna parte; las personas así nombradas se olvidan al cabo de un mes o medio año; y las plazas quedan sin cubrir.

Pero si un obrero tiene un vivo interés por la química (y los hay en todas las fábricas), las cosas se asientan sólidamente. ¿Cómo se pueden encontrar esos obreros? A través del club y la biblioteca: sólo allí se expresan sus intereses individuales en el tipo de libros que seleccionan, en su conversación, en el tipo de conferencias que van a escuchar.

A medida que las tareas de los asuntos públicos se vuelven más complicadas, y cada vez más diferenciadas, es necesaria una cuidadosa selección individual de los trabajadores, tanto para los trabajos grandes como para los pequeños. Sólo así puede la fábrica seleccionar de su propio seno fracciones activas para las diversas organizaciones públicas voluntarias. Este tipo de selección individual de los obreros y el desarrollo posterior de sus cualificaciones según el tipo de intereses que tienen, según su artillería intelectual, sólo puede garantizarse (bajo la supervisión del partido y de los sindicatos) con clubes que funcionen adecuadamente y de forma amplia. Todas estas asociaciones deben, a su vez, asociarse a través de los clubes, intercambiar experiencias a través de los clubes y elevar así sus calificaciones cívicas y también otras.

El club y la taberna

He indicado, camaradas, que, si el obrero percibe un elemento de coacción en el club, aunque sea de forma indirecta, irá en su lugar a la taberna. Pero también ocurre a veces que la taberna viene al club. [*Risas*]

Sé que ésta es sólo una parte de una cuestión amplia y difícil, y no pretendo plantear en este momento la cuestión del alcoholismo y la lucha contra él en todas sus ramificaciones, aunque creo que pronto tendremos que tratar esta cuestión de forma exhaustiva, pues está muy ligada al destino de nuestro trabajo económico y cultural.

Pero me referiré a la parte del problema relacionada con los clubes, y en primer lugar relataré un pequeño incidente que realmente me impactó y que, me parece, debemos dar a conocer para llegar así a la verdad de la situación con mayor exactitud. Este incidente tuvo que ver con un club llamado Palacio del Trabajo Lenin y con la cuestión de un mostrador de comida. Esto es lo que me dijo el camarada Shagaev al respecto (lo he escrito palabra por palabra): ¡La concesión del mostrador de comida ha sido otorgada a un particular! ¿Por qué? Porque la organización cooperativa y Narpit³ *se negaron a montar un mostrador si no vendía cerveza.*

³ Narpit era la abreviatura de *Narodnoe pitanie* (Comida para el pueblo), una organización especial para promover los comedores públicos, especialmente de las fábricas, con el apoyo de los sindicatos, el gobierno y las y las sociedades cooperativas.

El club supo defender sus propios intereses y contrató a un particular para que montara el mostrador; esta persona cobra los precios de la MSPO [MSPO, la principal cooperativa de consumo], hace un descuento del 20% a los socios del club y paga al club un alquiler de setenta rublos de oro al mes. Este es un pequeño incidente, pero tiene una enorme importancia.

Un club de obreros quiere montar un mostrador de comida. ¿A quién recurre? A la cooperativa y a Narpit, es decir, a organizaciones de carácter público. ¿Y qué dice la cooperativa? No lo haremos sin cerveza; no es rentable. ¿Qué dice Narpit? No lo aceptaremos si no hay cerveza: perderemos dinero. ¿Qué hace el club? Cede su negocio a un particular, que vende a los miembros del club a precios un 20 por ciento más bajos que los controlados por el gobierno, paga un alquiler de 70 rublos oro al mes y, debemos suponer, sigue obteniendo beneficios.

Camaradas, que la cooperativa y Narpit, o sus agencias involucradas en este caso, decidan de forma tan impermisible seguir el camino de la menor resistencia, empujando al club en la dirección de convertirse en una taberna, esto es una gran vergüenza y escandaloso. Si el club puede atraer a la gente simplemente ofreciendo cerveza, entonces no hay necesidad de preocuparse por nada más. Sólo hay que atrapar al obrero con el anzuelo de la cerveza (no sé si se puede hablar propiamente de “anzuelo de la cerveza”, ya que la cerveza es un líquido; aun así, la cerveza funciona tan bien como cualquier anzuelo), atraparlo y arrastrarlo. Entonces, ¿para qué está el club? Esto deja al club totalmente al margen. ¿Cuál es el trabajo de la organización cooperativa? Aprender a manejar un mostrador de comida a precios bajos, para obtener un poco de ganancia y apoyar al club. Pero no, nos dicen, ¿para qué esforzarse y complicarse la vida (¿eso sería actuar como un mezquino comerciante privado!)? De todos modos, ¿para qué existe la cerveza? Vende cerveza y tu negocio está garantizado sin muchos problemas. Este es el camino de la menor resistencia, que es igualmente inadmisibles para el club obrero y para la organización cooperativa, porque pone todo el negocio en una situación comprometida y es totalmente destructivo.

Este ejemplo es tanto más llamativo cuanto que el comerciante privado demostró que se puede prescindir totalmente de la cerveza. Por cierto, no sé qué proporción de la cifra de 12 millones de visitas a los clubes al año, que hemos calculado, debe atribuirse a las visitas para comprar cerveza. En cualquier caso, está claro que un mostrador de comida con cerveza puede mejorar las estadísticas de asistencia. [*Risas*]

Hay quien dice: bueno, después de todo, esto no es tan terrible. Hay una regla para manejar estas situaciones: no permitir que cada persona beba más de dos botellas de cerveza en el mostrador de comida. Una regla sabia (¿quién puede negarlo?) y, sin embargo, no sé cómo puede asegurarse que se cumpla. Lo más probable es que haya que controlar a cada miembro del club con un manómetro para medir la presión del vapor de la cerveza. [*Risas*] Pero un manómetro es un juguete bastante caro y difícilmente está al alcance de nuestros clubes. Además, sospecho que hacer cumplir la regla de las dos botellas causaría a los directores del club demasiados problemas, de los que ya tienen bastantes.

Por supuesto, es posible atraer a las masas al club ofreciendo cerveza, pero alejarlas de la taberna con la ayuda de la cerveza equivale a expulsar al diablo con la ayuda del viejo Nick. [*Risas*] Esto no traerá muchos beneficios culturales y, además, simplemente disfraza el hecho de que el club obrero es incapaz de atraer a las masas por sí mismo, y eso es lo peor de todo. No es por consideraciones morales abstractas por lo que debemos luchar contra el hecho de basar nuestros clubes en la cerveza, sino precisamente porque debemos inspirar al club, en primer lugar, para que atraiga a las masas por sus propias cualidades individuales y no por medio de la sustancia que Tolstoi

tenía en mente cuando dijo: “De ahí se pueden obtener todas y cada una de las cualidades.”

Campañas conmemorativas y problemas de la vida cotidiana

La gente puede sentirse atraída por el club obrero si hay vida en él, y la vida significa digerir las experiencias cotidianas en sus formas más grandes e importantes. Desde este punto de vista, no se puede sino saludar con satisfacción la resolución del último congreso del partido, resolución que eliminó, o al menos modificó, uno de los elementos burocráticos del trabajo del club obrero: las innumerables campañas conmemorativas de fechas del calendario.

Esto es lo que decía la resolución del congreso sobre este punto: “Al recortar el número de campañas, reduciéndolas sólo a las más importantes, es necesario arrojar luz de forma constante e incansable sobre los acontecimientos políticos internacionales y nacionales más importantes como parte del trabajo en curso.”

El camarada Sujanov, jefe de uno de los clubes más grandes de Moscú, me ha mostrado la lista de fechas que se supone que se conmemoran con campañas, y uno no puede evitar decir: aquí los muertos eclipsan a los vivos, y el pasado lastra la capacidad de respuesta del presente.

Esto puede verse de forma especialmente vívida en un caso, que citaré para mostrar la necesidad de hacer algunos cambios en el calendario de conmemoraciones de los clubes. Un papel importante en la vida de los clubes obreros lo ocupa, como saben, la Comuna de París. Por supuesto, la Comuna de París fue un acontecimiento de gran importancia histórica⁴. Pero todo es relativo: la Comuna de París figuraba mucho más en la historia antes de octubre que después. Además, desde octubre ha habido acontecimientos de excepcional importancia que hemos ignorado. En Italia tuvieron su propia Comuna italiana en septiembre de 1920, que terminó con la derrota y la victoria del fascismo.⁵ En marzo de 1921 tuvo lugar un heroico levantamiento en Alemania⁶. Finalmente, el año pasado se produjo en Alemania el poderoso movimiento revolucionario del proletariado, que terminó en la más cruel de las derrotas, una derrota sin batalla.⁷

⁴ [Comunas de París y Lyon](#), en nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#).

⁵ Desde el final de la Primera Guerra Mundial, el movimiento revolucionario en Italia creció, y en septiembre de 1920 los obreros tomaron las fábricas e industrias. Los socialdemócratas se asustaron y retrocedieron. El proletariado se quedó sin liderazgo. En noviembre, con la primera gran manifestación fascista, los líderes socialdemócratas esperaban recuperar la confianza de la burguesía contra los fascistas, y no llamaron a los obreros a resistir a las bandas de Mussolini. Pero la burguesía se pasó a los fascistas. En el último momento, los socialdemócratas convocaron una huelga general, pero los trabajadores, desmoralizados y confusos, no respondieron y los fascistas pudieron consolidar su poder. Esta evolución se explica en la sección “Las lecciones de la experiencia italiana”, dentro del capítulo “¿Y ahora? Problemas vitales del proletariado alemán”, en [La lucha contra el fascismo \(y anexos\)](#), 2ª edición, [Obras Escogidas de León Trotsky \(OELT-EIS\)](#), página 104 y siguientes del formato pdf.

⁶ En marzo de 1921, el Partido Comunista Alemán hizo un llamamiento a la insurrección armada para tomar el poder, en relación con las luchas en los distritos mineros del centro de Alemania contra la reacción socialdemócrata. La acción fue aplastada al cabo de dos semanas. El III Congreso de la Comintern repudió la acción y la teoría de la “galvanización” de los trabajadores presentada por los ultraizquierdistas. [Ver en “Tesis sobre la táctica”, en [Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Tesis, manifiestos, resoluciones](#), dentro de nuestra serie [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales](#).

⁷ A finales de 1923 se produjo una situación revolucionaria en Alemania debido a una grave crisis económica y a la invasión francesa del Ruhr. Una mayoría de la clase obrera alemana se volcó en el apoyo al partido comunista. Pero la dirección del PC vaciló, perdió una oportunidad excepcionalmente favorable para llevar a cabo una lucha por el poder, y permitió a los capitalistas alemanes recuperar su equilibrio antes

Nosotros, los de la vieja generación, nos preparamos hasta cierto punto para octubre sobre la base de la historia de la Comuna. Naturalmente, todo revolucionario que tenga alguna formación, y todo joven obrero que esté estudiando, debe tener alguna noción de la Comuna de París. Pero es incomparablemente más importante para un comunista de hoy, y para un joven obrero que se está educando como comunista, conocer y entender las razones de la derrota del levantamiento revolucionario del proletariado italiano en septiembre de 1920, de la derrota del levantamiento revolucionario del proletariado alemán en marzo de 1921 y, finalmente, de la derrota del colosal movimiento revolucionario sin precedentes del proletariado alemán durante 1923. Y si se trata de elegir entre la Comuna de París y el movimiento revolucionario del proletariado alemán del año pasado, hay que votar con las dos manos por el año pasado. ¿Por qué? Porque esto proporciona una orientación viva en los acontecimientos del día. Incluso en el caso de los jóvenes obreros, si tienen ante sus ojos los indicadores de la revolución de octubre, del levantamiento italiano, del levantamiento de marzo en Alemania y del movimiento revolucionario del año pasado en Alemania, tendrán una perspectiva del movimiento mundial actual, sentirán el ritmo de los acontecimientos, mirarán con más firmeza, confianza e inteligencia el desarrollo ulterior de la revolución y comprenderán las condiciones en las que ésta puede resultar victoriosa o derrotada.

Pero no basta con acercar el calendario de las conmemoraciones del club a la actualidad. Es necesario estar a la altura de los acontecimientos y las necesidades del presente. Aquí llegamos a cuestiones de la vida cotidiana. Según tengo entendido, vamos a tener un informe del camarada Pletnev sobre este tema.⁸ Por lo tanto, me limitaré a decir algunas palabras sin entrar en profundidad, para poder polemizar con él un poco más adelante, en el plano de la teoría y de los principios.

Camaradas, en el ámbito de los problemas cotidianos tenemos dos puntos de vista extremos, que, imagino, serán superados con el tiempo. Estos son, por un lado, la *indiferencia hacia los problemas de la vida cotidiana*, que se esconde detrás de varios argumentos, y que a veces incluso se muestra abiertamente, y las *fantasías sobre la vida cotidiana*, por otro lado. A veces estos dos extremos se llevan bastante bien. La indiferencia ante los problemas de la vida cotidiana, como he dicho, a veces trata de justificarse teóricamente en líneas como ésta: ¿Por qué deberíamos preocuparnos por los problemas de la vida cotidiana? Al fin y al cabo, las costumbres y los hábitos cotidianos son superestructurales, pero la base consiste en la producción económica. Cuando la economía cambie, todo lo demás cambiará automáticamente... Esto suena terriblemente marxista. Pero en realidad es terriblemente ignorante. [*Risas*]

Todas las superestructuras surgen sobre la base económica, y si se razona así, no tiene sentido estudiar la política, ya que la política también surge sobre la base de la producción. Pero la cuestión es que sin la política no se cambiará la base, porque es la política el instrumento para cambiar la base económica. Lo mismo ocurre con la vida cotidiana: las costumbres y los hábitos se configuran sobre la base de una determinada forma de producción, pero tienen la característica de ir por detrás de los cambios en la economía, y es necesario impulsarlos con un látigo revolucionario. Y si la revolución está en el poder, puede hacerlo por medio de la presión organizada, por el poder del ejemplo, a través de la propaganda, etc. Por supuesto, no podemos saltar por encima de nuestra base económica y crear una especie de falansterios ideales en nuestro actual estado de

de que terminara el año. La responsabilidad del Kremlin por esta oportunidad perdida fue uno de los factores que condujeron a la formación de la Oposición de Izquierda rusa a finales de 1923.

⁸ Valerian F. Pletnev (1886-1942) fue miembro del Partido Bolchevique desde 1904. Desde diciembre de 1920 hasta 1932 fue presidente del Comité Central de Proletkult. En febrero de 1921 fue también del Glavpolitprosvet. Sus artículos de 1922 en *Pravda* fueron atacados tanto por Krúpskaya como por Lunacharsky.

pobreza, pero construir las condiciones económicas previas para tales comunas es algo que debe hacerse. Esa es precisamente la tarea. El extremo opuesto, fantasear sobre los problemas cotidianos, equivale a querer correr más allá de lo económicamente posible o a caer en abstracciones en general, a apartar el pensamiento de las posibilidades económicas reales y a sustituir el trabajo social colectivo hacia la transformación de la vida cotidiana por la moralización individual, es decir, por inyectar por separado a los individuos principios precisos sobre cómo ser un ser humano mejor, un método que suele resultar poco útil.

Conozco tres intentos de establecer una Sociedad de Amigos de la Nueva Forma de Vida... En mi opinión, el propio nombre es desafortunado; puede dar una dirección equivocada al pensamiento de la gente. Sería mucho más modesto decir Sociedad para la Mejora de los Hábitos de Vida Proletarios. Entonces el nombre no cedería tanto en la dirección de crear “cultura proletaria”.

Como digo, conozco tres intentos: uno, llevado a cabo en Moscú, nació absolutamente muerto. Se emitió una proclama, pero no obtuvo respuesta, y eso fue correcto y adecuado, pues ¿qué había que responder? [*Risas*] En segundo lugar, recibí una carta de Járkov sobre una Sociedad de Amigos de la Nueva Forma de Vida, aparentemente de algunos jóvenes camaradas que están inspirados por las mejores intenciones, pero que son algo culpables, me temo, de fantasías idealistas. El otro día recibí una carta similar de Kazán, también de jóvenes camaradas.

En Járkov la tarea que se planteó fue la de implantar la ética comunista, la estética, etc. Todo esto parecía estar planteado de forma demasiado general, de manera demasiado amplia e idealista. Cuando empecé a leer el programa, resultó que lo que querían decir con la ética comunista era la lucha contra la embriaguez, la dejadez, el lenguaje soez, etc. Son objetivos muy loables, pero el cartel de “ética comunista” abarca demasiado. Por que incluso un burgués culto podría encajar en un epígrafe como ese, uno al que no le gusta la suciedad, y que casi nunca se emborracha o maldice en voz alta, al menos no en público. [*Risas*]

Ahora, en Kazán los jóvenes camaradas se han propuesto la tarea de la “organización científica de la vida”. Así, sus iniciales organizativas fueron NOZh [Nauchnaya Organizatsia Zhiznzi, es decir, la palabra cuchillo. Me temo, camaradas, que no es muy buena idea que este tipo de NOZh caiga en manos experimentadas. [*Risas y aplausos*] Con esto no quiero condenar la iniciativa de los camaradas de Járkov y Kazán, en absoluto. Pero uno desearía que estas iniciativas se orientaran por un cauce más realista y práctico.

Incluso en el momento en que tuve ocasión de escribir por primera vez sobre este tema, en mi libro sobre los problemas de la vida cotidiana⁹, expresé serias dudas: dije, por un lado, que sería una idea muy tentadora organizar una sociedad que se ocupara de la vida cotidiana, pero, por otro lado, dije que existía el peligro de que, sin tener el terreno sólidamente preparado bajo los pies, tal sociedad se desviara en la dirección de la fantasía visionaria. Y parece que eso es lo que está ocurriendo.

¿Con qué medios se puede revolucionar realmente la sociedad? Actuando directamente sobre sus elementos constitutivos. A través de Narpit, que crea comedores públicos. A través de las cooperativas de viviendas, que deben transformar los fundamentos domésticos de la vida cotidiana. A través de la organización de guarderías. A través de los clubes. A través de las bibliotecas. A través de organizaciones de voluntarios que asuman tareas culturales, por ejemplo, una sociedad de amigos del cine, si realmente queremos establecer algo que saque al cine del punto muerto. En otras palabras, no basta con organizarse en torno a la idea abstracta de “la nueva vida”, sino

⁹ *Problemas de la vida cotidiana (con anexos)*, en nuestras *Obras Escogidas de León Trotsky (OELT-EIS)*.

que son necesarias toda una serie de organizaciones que se propongan tareas prácticas concretas en el ámbito de la vida cotidiana. Sólo así podremos revolucionar la vida.

Estas organizaciones prácticas y de propósito único no pueden acomodarse a las fantasías visionarias. En este trabajo, el parloteo no ayuda. Si eres Narpit, debes proporcionar alimentos, establecer instalaciones públicas para comer, y después de las palabras comprobaremos cuánta gente acude a tus comedores y cuán satisfecha está con lo que proporcionas. Si eres Narpit, y el Palacio de Lenin te pide que establezcas un mostrador de comida para ellos, no vayas a darles un ultimátum sobre la cuestión de la cerveza, o tendrás que tratar con nosotros. Lo mismo ocurre con las cooperativas.

Ya tenemos las principales herramientas para incidir en la vida cotidiana y transformarla. Estas herramientas son todavía débiles, hay que reforzarlas, desarrollarlas, ponerlas bajo control público y crear, junto a ellas, nuevos órganos especiales para incidir en otros aspectos de la vida cotidiana. Para aglutinar la experiencia aún fragmentaria de las organizaciones indicadas, hay que organizar, junto a todo esto y sobre esta base existente, una sociedad para la mejora de la vida, y quizás incluso una para “la nueva vida”, pero no en la esfera vacía de la abstracción, sino sobre la base de las cooperativas, Narpit, casas comunales, etc. Y tal organización estaría compuesta por dirigentes, delegados y miembros de estas organizaciones e instituciones existentes.

En el trabajo de asimilación de la experiencia de las diversas organizaciones de la “vida cotidiana”, el club obrero debe ocupar un lugar muy importante. El club reunirá entre sus cuatro paredes a personas que trabajan por separado en uno u otro campo de la vida cotidiana, ya sea a nivel de fábrica, de distrito o de ciudad; los reunirá para debatir e intercambiar opiniones sobre los problemas a los que se enfrentan. Aquí se formará la opinión pública, proporcionando un medio para el control y comprobación de todas las instituciones y empresas implicadas en la vida social cotidiana.

Esta es, en mi opinión, la única manera realista de plantear la cuestión de la reorganización de la vida cotidiana. En esta línea superaremos tanto la indiferencia como la fantasía.

La propaganda antirreligiosa

Detengámonos una vez más en la cuestión de la propaganda antirreligiosa como una de las tareas más importantes en el ámbito de la vida cotidiana. También aquí cito la resolución del decimotercer congreso. Es breve: “Debe prestarse considerable atención a la propaganda que promueve las ciencias naturales (propaganda antirreligiosa)”. No recuerdo si este tipo de formulación se ha utilizado antes, poniendo la propaganda antirreligiosa entre paréntesis después de “propaganda que promueva las ciencias naturales”¹⁰. Incluso si lo fue, ahora se ha confirmado con autoridad. Esto constituye una exigencia de un enfoque nuevo y diferente para un viejo problema.

Bajo la benéfica influencia del impulso generado por su congreso, por el hecho mismo de su convocatoria, me he visto obligado a revisar una gran cantidad de material publicado que normalmente no habría tenido tiempo de revisar, en particular la revista satírica *Bezbozhnik* (Los sin Dios), donde hay una gran cantidad de caricaturas, a veces bastante efectivas, de algunos de nuestros mejores caricaturistas, una revista que sin duda tiene su papel positivo que desempeñar dentro de ciertos círculos, principalmente urbanos, pero que, sin embargo, apenas sigue el camino correcto en la lucha contra las supersticiones religiosas. Número tras número se encuentra en sus páginas un duelo permanente e incansable con Jehová, Cristo y Alá, un combate cuerpo a cuerpo entre el

¹⁰ Ver en esta misma serie de nuestras EIS: “[Sentido y métodos de la propaganda antirreligiosa](#)”.

talentoso artista Moro¹¹ y Dios. Por supuesto, todos nosotros estamos completamente del lado de Moro. Pero si esto fuera lo único que hiciéramos, o si éste fuera nuestro trabajo principal, me temo que el duelo acabaría en empate...

En todo caso, es perfectamente evidente e indiscutible en la actualidad que no podemos situar nuestra propaganda antirreligiosa en el nivel de una lucha directa contra Dios. Eso no nos bastaría. Suplantamos el misticismo por el materialismo, ampliando en primer lugar la experiencia colectiva de las masas, aumentando su influencia activa en la sociedad, ampliando el horizonte de sus conocimientos positivos, y con esta base, asestamos también golpes a los prejuicios religiosos, cuando es necesario.

El problema de la religión tiene una importancia colosal y está estrechamente ligado al trabajo cultural y a la construcción socialista. En su juventud, Marx dijo: “La crítica de la religión es la base de cualquier otra crítica”¹². ¿En qué sentido? En el sentido de que la religión es una especie de conocimiento ficticio del universo. Esta ficción tiene dos fuentes: la debilidad del hombre ante la naturaleza y la incoherencia de las relaciones sociales. Temiendo a la naturaleza o ignorándola, pudiendo analizar las relaciones sociales o ignorándolas, el hombre en sociedad se esforzó por satisfacer sus necesidades creando imágenes fantásticas, dotándolas de una realidad imaginaria, y arrodillándose ante sus propias creaciones. La base de esta creación radica en la necesidad práctica del hombre de orientarse, que a su vez surge de las condiciones de la lucha por la existencia.

La religión es un intento de adaptación al medio circundante para afrontar con éxito la lucha por la existencia. En esta adaptación hay reglas prácticas y apropiadas. Pero todo esto está ligado a mitos, fantasías, supersticiones, conocimientos irreales.

Al igual que todo el desarrollo de la cultura es la acumulación de conocimientos y habilidades, la crítica de la religión es el fundamento de todas las demás críticas. Para allanar el camino al conocimiento correcto y real es necesario eliminar el conocimiento ficticio. Sin embargo, esto es cierto sólo cuando se considera la cuestión en su conjunto. Históricamente, no sólo en casos individuales, sino también en el desarrollo de clases enteras, el conocimiento real está ligado, en diferentes formas y proporciones, a los prejuicios religiosos. La lucha contra una religión determinada o contra la religión en general, y contra todas las formas de mitología y superstición, suele tener éxito sólo cuando la ideología religiosa entra en conflicto con las necesidades de una clase determinada en un nuevo entorno social. En otras palabras, cuando la acumulación de conocimiento y la necesidad de conocimiento no encajan en el marco de las verdades irreales de la religión, entonces un golpe con un cuchillo crítico a veces es suficiente, y la cáscara de la religión cae.

El éxito de la presión antirreligiosa que hemos ejercido durante los últimos años se explica por el hecho de que las capas avanzadas de la clase obrera que pasaron por la escuela de la revolución, es decir, que adquirieron una actitud activista hacia el gobierno y las instituciones sociales, se han sacudido fácilmente la cáscara de los prejuicios religiosos, que estaba completamente agujereada por los acontecimientos anteriores. Pero la situación cambia considerablemente cuando la propaganda antirreligiosa extiende su influencia a las capas menos activas de la población, no sólo de los pueblos, sino también de las ciudades. El conocimiento real que han adquirido es tan limitado y fragmentario

¹¹ Moro era el seudónimo de Dimitri S. Orlov (1883-1946), un caricaturista y dibujante destacado. Después de la Revolución de Octubre trabajó para la editorial estatal. En 1920 hizo carteles para el Ejército Rojo y la Administración Política Superior, y en 1921 para combatir la hambruna. Después de 1922, fue caricaturista habitual de *Pravda*.

¹² Ver en nuestra serie [Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional: Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel](#), de Carlos Marx; y en nuestra otra serie [Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\) en La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring. Anti-Dühring](#), de Federico Engels, en particular en su capítulo “V. Estado, familia, educación” en la página 217 muy específicamente.

que puede coexistir con los prejuicios religiosos. La crítica desnuda de estos prejuicios, al no encontrar apoyo en la experiencia personal y colectiva, no produce ningún resultado. Es necesario, pues, hacer el planteamiento desde otro ángulo y ampliar la esfera de la experiencia social y del conocimiento realista.

Los medios para lograr este fin son diferentes. Los comedores públicos y las guarderías pueden conferir un estímulo revolucionario a la conciencia del ama de casa, y pueden acelerar enormemente el proceso de su ruptura con la religión. Los métodos químicos de fumigación para destruir las langostas pueden desempeñar el mismo papel con respecto al campesino. El mismo hecho de que el obrero y la obrera participen en la vida de los clubes, que los saca de la pequeña y estrecha jaula del piso familiar con su icono y su lámpara en la imagen, abre uno de los caminos para liberarse de los prejuicios religiosos. Y así sucesivamente. Los clubes obreros pueden y deben calibrar con precisión el poder tenaz de los prejuicios religiosos, y encontrar formas indirectas de sortearlos ampliando la experiencia y el conocimiento. Y así, también en la lucha antirreligiosa, pueden alternarse periodos de ataque frontal con periodos de bloqueo, socavación y maniobras de cerco. En general, acabamos de entrar en un período de este tipo; pero eso no significa que no vayamos a reanudar un ataque directo en el futuro. Sólo es necesario prepararse para ello.

¿Nuestro ataque a la religión ha sido legítimo o ilegítimo? Legítimo. ¿Ha tenido resultados? Los ha tenido. ¿A quiénes ha atraído? A aquellos que por experiencia previa han estado preparados para liberarse completamente de los prejuicios religiosos. ¿Y más? Todavía quedan aquellos a los que ni siquiera la gran experiencia revolucionaria de octubre ha logrado liberar de la religión. Y aquí los métodos formales de la crítica antirreligiosa, la sátira, la caricatura y otros similares, pueden lograr muy poco. Y si se presiona demasiado, se puede obtener incluso el resultado contrario. Hay que perforar la roca (¡es cierto, el Señor sabe que es una roca bastante dura!), colocar los cartuchos de dinamita, volver a pasar los cables para las mechas, y... después de un tiempo habrá una nueva explosión y una nueva caída, es decir, se desprenderá otra capa del pueblo de la gran masa... La resolución del congreso del partido nos dice que en este campo debemos pasar actualmente de la explosión y el ataque a un trabajo más prolongado de socavamiento, en primer lugar, mediante el fomento de las ciencias naturales.

Para mostrar cómo un ataque frontal no preparado puede dar a veces un resultado totalmente inesperado citaré un ejemplo muy interesante, que es bastante reciente, y que conozco por los camaradas sólo de palabra, ya que, desgraciadamente, no ha salido todavía a la luz en la prensa. Proviene de la experiencia del Partido Comunista Noruego. Como probablemente recuerden, en 1923 este partido se dividió en una mayoría oportunista bajo la dirección de Tranmael,¹³ y una minoría revolucionaria fiel a la Internacional Comunista. Le pregunté a un camarada que vivía en Noruega cómo Tranmael consiguió ganarse a la mayoría, por supuesto que sólo temporalmente. Me señaló como una de las causas el carácter religioso de los pescadores noruegos. La pesca comercial, como saben ustedes, tiene un nivel de tecnología muy bajo, y depende totalmente de la naturaleza. Esta es la base de los prejuicios y las supersticiones; y para los pescadores noruegos, la religión, como dijo ingeniosamente el camarada que me relató este episodio, es algo así como un traje de protección. En Escandinavia también había miembros de la intelectualidad, académicos, que coqueteaban con la religión. Fueron, con toda justicia, golpeados por el despiadado látigo del marxismo. Los oportunistas noruegos se han aprovechado hábilmente de esto para hacer que los pescadores se opongan a la

¹³ Martin Tranmael (1879-1967) fue el líder del Partido Laborista Noruego y director de su principal periódico. Tras resistirse a las demandas del Comité Ejecutivo de la [Comintern](#), de expulsar a los disidentes, rompió completamente con la Internacional y más tarde ayudó a afiliarse al Partido Laborista Noruego a la [Internacional Socialista](#).

Internacional Comunista. El pescador, un revolucionario, que simpatiza profundamente con la república soviética, que favorece de todo corazón a la Internacional Comunista, se dijo: “Todo se reduce a esto. O debo estar a favor de la Internacional Comunista, y quedarme sin Dios y sin pescado [*risas*] o, con el corazón encogido, debo romper con ella.” Y rompió... Esto ilustra la forma en que la religión puede a veces cortar con buen filo incluso en la política proletaria.

Por supuesto, esto se aplica en mayor grado a nuestro propio campesinado, cuya naturaleza religiosa tradicional está estrechamente unida a las condiciones de nuestra agricultura atrasada. Sólo podremos vencer los arraigados prejuicios religiosos del campesinado llevando la electricidad y la química a la agricultura campesina. Esto, por supuesto, no significa que no debamos aprovechar cada mejora técnica por separado y cada momento social favorable en general para la propaganda antirreligiosa, para lograr una ruptura parcial con la conciencia religiosa. No, todo esto es tan obligatorio como antes, pero debemos tener una perspectiva general correcta. Con el simple cierre de las iglesias, como se ha hecho en algunos lugares, y con otros excesos administrativos, no sólo no se podrá alcanzar ningún éxito decisivo, sino que, por el contrario, se preparará el camino para un retorno más fuerte de la religión.

Si es cierto que la crítica religiosa es la base de toda otra crítica, no es menos cierto que en nuestra época la electrificación de la agricultura es la base de la liquidación de las supersticiones del campesino. Quisiera citar unas notables palabras de Engels, hasta hace poco tiempo desconocidas, sobre la importancia potencial de la electrificación para la agricultura.

Recientemente, el camarada Riazánov ha sacado a la luz, por primera vez, la correspondencia de Engels con Bernstein y Kautsky (cartas que son extraordinariamente interesantes)¹⁴. El viejo Engels resulta doblemente fascinante, ya que cada vez salen a la luz nuevos materiales suyos que revelan su carácter con mayor claridad, tanto desde el punto de vista ideológico como personal. A continuación, lo citaré en un párrafo en el que se refiere directamente a la cuestión de la electrificación y a la superación del abismo entre la ciudad y el campo.

La carta fue escrita por Engels a Bernstein en el año 1883. Recuerda en esa carta que en el año 1882 el ingeniero francés Deprez encontró un método de transmisión de energía eléctrica a través de un cable. Y si no me equivoco, en una exposición en Múnich (en todo caso, una en Alemania) demostró la transmisión de energía eléctrica de uno o dos caballos de fuerza a una distancia de unos cincuenta kilómetros. Esto causó una tremenda impresión en Engels, que era extremadamente sensible a cualquier invención en el campo de las ciencias naturales, la tecnología, etc. Escribió a Bernstein: “El novísimo invento de Deprez [...] libera a la industria de cualquier limitación local, hace

¹⁴ Friedrich Engels (1820-1895) fue el más estrecho colaborador de Marx y cofundador con él del socialismo científico moderno. Sus cartas fueron publicadas por el Instituto Marx y Engels en el *Archivo Marx y Engels*, Vol. 1 (1924) [*Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels (OEME-EIS)* y *Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional*]. Las cartas fueron editadas por David B. Riazánov (1870-193?) [*Riazánov, David. Textos y materiales diversos*], un historiador y filósofo, que se unió a los bolcheviques en 1917, organizó el Instituto Marx y Engels y posteriormente se retiró de la actividad política. Pero su actitud erudita y escrupulosa hacia la historia del partido lo hizo ofensivo para Stalin, que ordenó que se le implicara con los acusados en el juicio de 1931 de un llamado “Centro menchevique” acusado de conspirar para restaurar el capitalismo en la Unión Soviética. Fue destituido como director del Instituto Marx y Engels y exiliado. Eduard Bernstein (1850-1932) fue el primer teórico del “revisionismo” en la socialdemocracia alemana. En su *Socialismo evolucionista* sostuvo que el socialismo se produciría a través de la democratización gradual del capitalismo, y que el movimiento obrero tenía que abandonar la lucha de clases a favor de la colaboración de clase con la burguesía “progresista”. Karl Kautsky (1854-1938) fue considerado como el más destacado teórico marxista hasta la Primera Guerra Mundial, cuando abandonó el internacionalismo y se opuso a la revolución rusa [*Obras escogidas de Karl Kautsky*].

posible el uso de la energía hidráulica más lejana. Y aunque al principio sólo sea utilizada por las ciudades, a la larga debe convertirse en la palanca más poderosa para la *abolición del antagonismo entre la ciudad y el campo*”.

Vladimir Ilich no conocía estas líneas. Esta correspondencia ha aparecido recientemente. Había estado en Alemania, en poder de Bernstein escondida en su sombrero, hasta que el camarada Riazánov consiguió hacerse con ella. No sé si ustedes, camaradas, se dan cuenta de con qué estricta atención, y, sin embargo, con qué gran afecto, Lenin solía estudiar detenidamente las obras de sus maestros y mayores, Marx y Engels, encontrando siempre nuevas pruebas de su perspicacia y penetración, de la universalidad de su pensamiento, de su capacidad de ver mucho más allá de su tiempo. No tengo ninguna duda de que esta cita (en la que Engels, al día siguiente de la demostración de un método, básicamente en laboratorio, para transmitir energía eléctrica a larga distancia, es capaz de mirar por encima de la industria y ver la aldea y pensar y decir que este nuevo invento es el más poderoso para abolir el antagonismo entre la ciudad y el campo) no tengo ninguna duda de que Lenin habría hecho de esta cita un lugar común del pensamiento de nuestro partido. Cuando se lee esta cita, es casi como si el viejo Engels estuviera conversando desde el fondo del mar (fue incinerado y sus cenizas lanzadas al mar, por su deseo) con Lenin en la Plaza Roja...

¡Camaradas! El proceso de eliminación de la religión es dialéctico. Hay períodos de diferentes tempos en el proceso, determinados por las condiciones generales de la cultura. Todos nuestros clubes obreros deben ser puntos de observación. Deben ayudar siempre al partido a orientarse en esta tarea, a encontrar el momento adecuado o a marcar el ritmo adecuado.

La abolición completa de la religión sólo se logrará cuando exista un sistema socialista plenamente desarrollado, es decir, una tecnología que libere al hombre de toda dependencia degradante de la naturaleza. Sólo podrá alcanzarse en el marco de unas relaciones sociales libres de misterios, totalmente lúcidas y que no opriman a las personas. La religión traduce el caos de la naturaleza y el caos de las relaciones sociales en el lenguaje de las imágenes fantásticas. Sólo la abolición del caos terrenal puede acabar para siempre con su reflejo religioso. Una dirección consciente, razonable y planificada de la vida social, en todos sus aspectos, abolirá para siempre cualquier misticismo y diablura.

El trabajo cultural y la “cultura proletaria”

¡Camaradas! Lo principal que llevaba anotado para decir sobre los clubes obreros ya está dicho. Más allá de esto, sólo deseo situar este trabajo en una cierta perspectiva, y esa perspectiva, me parece, puede presentarse mejor si adoptamos un enfoque crítico de la cuestión de los clubes como “fraguas de la cultura de clase proletaria”.

Recojo la fórmula del camarada Pletnev. Si quiero polemizar con él, no es porque no valore su trabajo cultural, al que, por el contrario, atribuyo, como todos ustedes, una gran importancia, sino porque creo que hay un elemento en su planteamiento teórico de esta cuestión que presenta ciertos riesgos. En su folleto sobre el trabajo en los clubes (la edición de 1923) Pletnev dice: “El club mismo, como tal, debe convertirse, para todos sus miembros, en una fragua en la que se forja la cultura de clase proletaria. Es necesario subrayar con la mayor fuerza posible que la creación de la cultura proletaria es un proceso de lucha de clases, una fase consecutiva de lucha (¡lucha! repito) del proletariado contra la dominación burguesa.” En un artículo de este año, se repite la misma fórmula, pero con una interesante modificación: “El club es el centro de formación de la conciencia pública proletaria, donde el proletariado forja los elementos de la cultura de clase proletaria”. Antes se decía “cultura de clase proletaria”, pero aquí se dice “elementos de la cultura de clase proletaria”, es decir, se afirma con algo más de cautela.

Camaradas, me veo impelido a señalar que esta es una forma incorrecta de plantear el problema, y no lo hago por doctrinarismo o picardía, sino por razones de principio, y por lo mismo, por razones de carácter práctico. En el artículo que he citado, el camarada Pletnev discute con un sindicalista (no he leído el artículo de este último) y hace una caracterización general del trabajo del club obrero, lo que en mi opinión está muy bien hecho, pero concluye con una formulación teórica que se sitúa a medio camino de liquidar la tesis básica del artículo.

¿Cómo va a forjar el club una nueva cultura de clase proletaria? ¿Qué significa eso? El camarada Lenin escribió sobre la cultura proletaria en uno de sus últimos artículos, “Página de un diario”. Esas líneas han sido citadas muchas veces, y con frecuencia para ocultar pensamientos directamente opuestos en carácter a la cita; una técnica que se encuentra con bastante frecuencia. He aquí lo que dijo Lenin: “Mientras hablamos sobre la cultura proletaria y la relación en que se halla con la cultura burguesa, los hechos y cifras revelan que incluso en lo que se refiera a la cultura burguesa nuestra situación es muy mal [...] Esto debe servir de seria advertencia, de reproche contra quienes se remontan alas alturas de la ‘cultura proletaria’; demuestra qué enorme trabajo urgente y penoso nos queda aún por realizar para alcanzar el nivel de un país civilizado común de Europa occidental.”¹⁵

Aquí, a la manera de Lenin, el énfasis está en “civilizado común”, es decir, *burgués*. Ese es, pues, el nivel que debemos alcanzar en primer lugar. En su artículo “Sobre el cooperativismo”, Lenin dice: “Ahora el acento cambia y se desplaza hacia el trabajo pacífico, organizativo, ‘cultural’. Diría que el acento se desplaza hacia el trabajo educativo, si no fuera por nuestras relaciones internacionales, si no fuera porque tenemos que luchar en escala mundial por nuestra posición. Pero si dejamos esto a un lado y nos limitamos a las relaciones económicas internas, en realidad el acento de nuestro trabajo se desplaza hacia la educación.”¹⁶ Pero el camarada Pletnev utiliza constantemente el término “portadores de cultura” (es decir, culturización) con un matiz de desprecio y lo contrapone a la “forja de la cultura proletaria”.

¿Qué debe entenderse por el término “cultura proletaria”? ¿De qué manera puede el club convertirse en la forja de la cultura proletaria? ¿En qué sentido? Porque el club obrero, aunque sea una parte muy importante e incluso vital de nuestro tejido social, sigue siendo sólo una parte, una que ciertamente no puede producir por sí misma nada que difiera cualitativamente de lo que produce la sociedad en su conjunto. Entonces, ¿de qué manera puede el club obrero convertirse en la forja de la cultura de clase proletaria? Y de nuevo, la pregunta que hay que responder, antes que nada: ¿Qué debe entenderse por el término “cultura proletaria”?

Estamos utilizando todos los medios, incluidos los clubes, para construir una economía socialista, una sociedad socialista y, en consecuencia, una cultura socialista sin clases. Pero antes de lograrlo, queda un prolongado período de transición, que también tendrá una cultura propia, que será una cultura muy mal formada y muy contradictoria durante un tiempo. Me gustaría pensar que es precisamente este período de transición el que usted desea designar como “cultura proletaria”. Por supuesto, la terminología puede utilizarse de diferentes maneras y no debemos discutir sobre la redacción. Pero es necesario establecer los significados de los términos para llegar a la esencia del tema sin confusiones.

A modo de comparación, tomaré otro término paralelo. Estamos avanzando hacia una economía socialista a través de una era de transición. ¿Cómo debería llamarse la economía de esta época de transición? La llamamos NEP. ¿Es un término científico? No,

¹⁵ V. I. Lenin, *Obras Completas*, Tomo XXXVI, Ediciones de Cultura Popular-Akal Editor, Madrid, 1978, páginas 491-492.

¹⁶ *Ibidem*, página 502.

en lo más mínimo. Es una denominación convencional a falta de otra más apropiada. Vladimir Ilich se refería con frecuencia a nuestro régimen de transición como capitalismo de estado, pero al hacerlo siempre añadía la frase “entre comillas”, o lo llamaba “capitalismo de estado de un tipo muy, muy particular o peculiar”. Mucha gente no entiende esta calificación y dice capitalismo de estado sin más, e incluso llama a nuestros consorcios y sindicatos estatales “órganos del capitalismo de estado”, lo que, por supuesto, es sumamente incorrecto, como explicó Vladimir Ilich en su artículo “Sobre el cooperativismo”.

Así, Lenin propuso un término muy condicional (¡entre comillas!), “capitalismo de estado”, para el sistema de transición al socialismo. Si se quiere, podemos llamar a este período económico de transición el período de “forja de la economía proletaria”.

No me gusta este término, ya que no expresa la esencia del asunto (toda la substancia está en el estado de transición), pero si me instan y ofrecen usar comillas, o mejor, dobles comillas, estoy casi dispuesto a decir: “O K, ¿qué puede hacerse? Si eso hace que el camarada Pletnev se sienta mejor.” [*Pletnev desde su asiento: “¡Nunca!” Risas*)]

Cuanto más mejor. Pero aquí hay realmente un completo paralelismo: la cultura proletaria, si se quiere tomar en serio este término, debe sustentarse en una base, en forma de economía proletaria; tanto más cuanto que la cultura tiende a ir un poco por detrás de la base económica. Pero si usted se niega (¡y eso estaría plenamente justificado!) a designar nuestra economía de transición como “economía de clase proletaria”, entonces, por la misma razón, ha cavado bastante bien el terreno bajo la abstracción de la cultura proletaria.

¿En qué se caracteriza nuestra economía? En su folleto sobre el impuesto en especie, Lenin explicó que nuestra economía de transición contiene restos de la sociedad patriarcal, innumerables elementos de la pequeña producción de mercancías, que hay elementos capitalistas privados, elementos capitalistas estatales y, finalmente, elementos de la economía socialista. Todo esto constituye la economía del período de transición, que puede llamarse “capitalismo de estado” (¡entre comillas!) o (como algunos han propuesto) una “economía socialista de mercado”.

Es posible establecer una terminología, pero hay que comprender a fondo los conceptos implicados. ¿Y en qué consiste la cultura del período de transición? En vestigios, todavía muy poderosos, de la cultura del período aristocrático, y no todo aquí es inútil. No vamos a desechar a Pushkin y a Tolstoi. Los necesitamos. También hay elementos de la cultura burguesa, en primer lugar, de los conocimientos técnicos burgueses, que necesitamos aún más. Seguimos viviendo sobre la base de los conocimientos técnicos burgueses y, en gran medida, sobre la base de los especialistas burgueses. Por el momento, aún no hemos construido nuestras propias fábricas y trabajamos en las que obtuvimos de manos burguesas. La cultura del período de transición consiste, además, en una abrumadora carencia de cultura pequeñoburguesa, es decir, principalmente campesina.

Nuestra cultura consiste también en los esfuerzos de nuestro partido y de nuestro gobierno en elevar el nivel cultural del proletariado, y tras él, el del campesinado, aunque sólo sea al nivel de un “país civilizado común”. También consiste en nuestra construcción socialista y, finalmente, en nuestro ideal de comunismo, que guía toda nuestra labor constructiva.

Ahí tienen el tipo de elementos complicados y contradictorios que se encuentran en la cultura (y la carencia de cultura) del período de transición. ¿Cómo puede entonces el club obrero crear una cultura de clase proletaria? Para mí es absolutamente incomprensible. El club, al conectar y fusionar la experiencia inconexa de los obreros, les ayuda a traducir su experiencia al lenguaje de la política, la literatura y el arte, y al hacerlo

eleva el nivel cultural de ciertas capas del proletariado y les facilita la construcción socialista, eso es indiscutible. Pero, ¿de qué manera puede el club, como tal, forjar una cultura de clase del proletariado? En realidad, esto implica hacer grandes concesiones al punto de vista de laboratorio en lo que respecta a la cultura. Por supuesto, se pueden escoger docenas de jóvenes obreros capaces y, mediante métodos de laboratorio, enseñarles composición en verso, pintura y teatro. ¿Es esto útil? Muchísimo. Pero es necesario que conciban con realismo su lugar y su papel en el desarrollo económico y cultural general del país. Y plantearles la perspectiva de crear una cultura de clase proletaria por medio de los clubes obreros es iniciarlos en un camino que puede llevarlos a dar la espalda a las masas, es decir, a alejarse del verdadero proceso de creación de una cultura socialista, y a intentar contraponer a este proceso el trabajo “puro” de los pequeños círculos, como ya se ha intentado antes. Tales recaídas son posibles. Pero es obvio que la creación de una especie de cultura proletaria mediante los métodos de laboratorio de Bogdanov no tiene nada en común con el leninismo¹⁷.

Es cierto que incluso Lenin utilizó a veces la expresión “cultura proletaria”, pero cabe destacar que sólo la utilizó en 1919 y 1920, y más tarde, que yo recuerde, dejó de utilizarla precisamente porque temía prestar apoyo, aunque fuera indirectamente, es decir, utilizando un término poco preciso, a un punto de vista incorrecto. ¿Pero en qué sentido se refería Lenin a la cultura proletaria? En su discurso ante el tercer congreso de la juventud en 1920, dijo: “La cultura proletaria tiene que ser el *desarrollo lógico del acervo* de conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo de la sociedad capitalista, la sociedad terrateniente y la sociedad burocrática.”¹⁸ Obsérvese que dijo “desarrollo lógico”, y ni una pizca del término “combate”, ni de “forjar” la cultura en los clubes. Desarrollo planificado y regular en la economía, en las escuelas, en el gobierno, en todo nuestro trabajo, en toda nuestra construcción hacia el socialismo. Por lo tanto, Lenin utilizó el término “cultura proletaria” sólo con el propósito de luchar contra la interpretación idealista, de laboratorio y esquemática de Bogdanov. Lo que más necesitamos es la alfabetización simple, la alfabetización política, la alfabetización en la rutina diaria, la alfabetización en la higiene, la alfabetización en la literatura, la alfabetización en el campo del entretenimiento... De la alfabetización en todos estos campos se formará una alfabetización cultural general.

Dirán, eso sí, que esto parece un concepto no clasista. ¡No es nada de eso! Aquí el proletariado es la clase dominante, y es precisamente de lo que trata esta discusión: es precisamente el proletariado el que debe extraer lo más importante, urgente y elemental de los almacenes culturales acumulados por las otras clases. En este punto, el proletariado necesita apropiarse de los elementos primarios de la cultura: la alfabetización universal y las cuatro leyes de la aritmética. De hecho, si todo el país estuviera alfabetizado y conociera las cuatro leyes de la aritmética, prácticamente estaríamos viviendo en el socialismo, pues el socialismo, como hemos oído, no es otra cosa que una sociedad de productores cooperativos cultos, es decir, ante todo, alfabetizados.

El proletariado en el poder es el dueño del estado. Eso es de lo que se trata, de elevar el nivel cultural de este proletariado. Aquí se ha dado el criterio básico de clase, no sólo subjetivo sino también objetivo. Pero no podemos coger el club y decirle: “¡Crea una cultura de clase proletaria!”, porque entonces daría la espalda al proletariado y se cerraría en banda. No, le decimos al club: “Eleva el nivel cultural y cívico de los obreros

¹⁷ Aleksandr A. Bogdanov (1873-1928) se convirtió en bolchevique en 1903. En 1908 dirigió una tendencia “boicoteadora”, que sostenía que el partido debía trabajar estrictamente a través de organizaciones ilegales durante ese período de reacción. Fue expulsado del Partido Bolchevique en 1909. Tras la Revolución de Octubre, se convirtió en organizador y dirigente de Proletkult. Después de 1921 se dedicó al trabajo científico y médico.

¹⁸ V. I. Lenin, *Obras Completas*, Tomo XXXIII, Ediciones de Cultura Popular-Akal Editor, Madrid, 1978, página 428. *Cursivas de Trotsky*.

analfabetos, apenas alfabetizados y semialfabetizados y sienta así las bases de la cultura socialista.” (*Aplausos*)

Esa es la forma correcta de plantear la cuestión. Y por eso Lenin no temía la palabra “culturización”. Era natural que utilizáramos esta palabra con desprecio antes de conquistar el poder, pues los “culturizadores” no comprendían las principales condiciones previas para el trabajo cultural en la amplia escala histórica: la necesidad del derrocamiento de la burguesía y la conquista del poder por el proletariado. Pero una vez conquistado el poder, la culturización se convierte en la parte más importante del trabajo de construcción del socialismo. No podemos adoptar ahora una actitud de desprecio hacia esta palabra. Hoy la palabra culturización, para nosotros, para los revolucionarios, para los comunistas de la república soviética, ha perdido por completo ese matiz que tenía antes.

Sobre la base de la nacionalización de la industria, bajo la dictadura del proletariado, en un país protegido por el monopolio del comercio exterior y defendido por el Ejército Rojo, la tarea principal en la construcción del socialismo equivale a la de llenar la nueva forma de contenido cultural, paso a paso. La labor de culturización es para nosotros una tarea revolucionaria fundamental.

Pero no hace falta decir que no podemos encerrarnos en los límites de un estado soviético protegido por el Ejército Rojo. La cuestión de la revolución mundial se mantiene ante nosotros en toda su magnitud. Hay naciones y estados (y son la mayoría) en los que la cuestión principal no es la de la culturización, sino la de la conquista del poder. Y por eso en el artículo que he citado Lenin dice que nueve décimas partes de nuestro trabajo se reducen a la culturización, si nos abstraemos de las cuestiones de política internacional y de la revolución.

Pero podemos abstraernos de esta cuestión sólo a efectos de argumentación, para aclarar la cuestión. No podemos hacerlo políticamente. Por eso, nuestro trabajo cultural y de culturización en los clubes obreros y a través de los clubes debe estar vinculado, en la mayor medida posible, a nuestro trabajo revolucionario internacional. Debe haber correas de transmisión que conduzcan desde todas las pequeñas poleas de las preocupaciones personales y mezquinas hasta el gigantesco volante de la revolución mundial. Precisamente por eso he señalado cuestiones como los acontecimientos de Italia y Alemania. Son hitos del desarrollo revolucionario que es necesario estudiar para que cada obrero se oriente correctamente en la situación internacional.

Todo (desde los problemas más insignificantes de la fábrica y el taller hasta los problemas más fundamentales de la revolución mundial) debe pasar por el club obrero. Pero para ello es necesario fortalecer el club, mejorarlo, elevar el nivel de calificación de sus directivos y mejorar la situación material del club y de quienes lo integran, y hacerlo por todos los medios posibles.

Lenin escribió que debemos elevar al maestro a una altura como nunca antes se había alcanzado en el mundo. Esta idea se aplica también de manera total y completa a los empleados de los clubes obreros. Tal vez sería conveniente que hiciéramos un experimento en un futuro próximo, poniendo a obreros de primera clase a cargo de algunos clubes, un experimento para ver lo que se puede lograr, dados nuestros recursos, con el material humano que tenemos y con la aplicación de la iniciativa y una perspectiva amplia. Si el club no es una herrería donde se forja la cultura proletaria, es uno de los eslabones más valiosos de nuestro sistema total para influir en las masas trabajadoras y crear una nueva cultura socialista. En la medida en que podamos atraer a capas cada vez más amplias de las masas a la participación en los asuntos públicos, el objetivo del club obrero debe ser llevarlas al leninismo, no como una verdad imponente bajada de lo alto y que exige “arrodíllate ante mí”, sino como una generalización de su propia experiencia, una experiencia que estaba desconectada y fragmentada, que ha sido reunida por el club,

generalizada políticamente por el partido, defendida y fortalecida por la autoridad del estado.

Y si podemos utilizar los clubes obreros para enseñar a cada obrero y obrera a deducir los fundamentos del nuevo mundo a partir de los del mundo actual, entonces no sólo los haremos capaces de comprender este mundo, sino también de transformarlo, convirtiéndolo en un mundo más amplio, un mundo más espacioso, un mundo más feliz para vivir. [*Tormenta de aplausos*]

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es